



Fidel Sepúlveda: Los trabajos de un poeta

por Jaime Blume

Existen poetas de todo pelo: mayores y menores, malos y buenos, mediocres y respetables, edulcorados, tremendistas, metafísicos.

Existen otros —Fidel Sepúlveda entre ellos— que son sólo eso: poetas. Respiran, lloran, trabajan, conversan, comen y beben poesía. Son tan escasos como las ágatas en playas demasiado trajinadas. Cuando aparecen, hay que acogerlos con gritos de alegría y mirar el mundo a través de su transparencia lechosa y descubrir lo que la simple vista no atina a reconocer.

Descubrir, por ejemplo, que la poesía está hecha, antes que nada, con sustancia de palabras, o sea, con músicas y semánticas que recuerdan un sentido original determinado, pero que, al ser trabajadas a la manera propia del poeta, fundan una nueva realidad. “Desmora”, “vejentud”, “entreborrándome”, “indefensionados”, “descrece”, “despresenciado”, “desarraizado”, “malavatares” son algunas de esas fundaciones que hacen la poesía de Fidel Sepúlveda.

El neologismo no basta. Es preciso entrar al texto, a la frase poética, con la misma actitud del artesano que amasa la greda y la formula y reformula hasta darle el volumen y forma requeridos. Fidel Sepúlveda trabaja a mano sus poemas, forzando las palabras hasta obtener de ellas lo que quiere:

“...nos detectan, nos detestan,
extraños y todo, por eso mismo, nos detentan,
nos atentan sabiendo que no tenemos respaldo ni defensa.
.....
Como adefesios nos miran.
como indefensionados nos vemos,
como erosionados nos vamos,
no a embarcarnos, a embancarnos en el mar”.

Se trata, en el mejor sentido, de un juego de palabras. Pero de un juego de fina inteligencia, en el que la verdad solemne se reviste de socarrona sabiduría popular —“entre reptil y mono anda la cosa”—, y entrega, a través de sentencias rotundas, lo que el pensamiento elabora sólo después de prolongados esfuerzos y de infinitas páginas:

“...cuando uno se cansa,
no se cansa para esto sí y para esto no.
¡No! ¡Se cansa uno no más!”

Lo dicho nos acerca a un aspecto fundamental de la poesía de Fidel Sepúlveda. Se trata de la presencia del campo, de su gente y de su modo de ver el mundo. La tierra, los pueblos adoquinados, el vino que “hace cantar las venas”, los caminos agrietados, los juncos, el “pasto de amanecida”, el cielo y, sobre todo, las casas, sus andamios y adobes, y el abuelo son otras tantas maneras de construir un mundo habitable, frente a otro, “hostil como un compacto tiburón que bate sus inastillados dientes...”.

La vida duele, entonces. Hay en ella “dentelladas destellantes” y “relucientes fauces”; hay “días que no se ven”, “lados izquierdos medio muertos” y “corazones sobresaltados”. Quevedo hablaría de “un soñado bien y un mal presente”.

Porque de eso se trata. El mundo pareciera tonel demasiado agrio para el vino generoso que es Fidel. De ahí a la fuga y al refugio hay sólo un paso. Y ese paso piel adentro nos lleva, de plano y por el camino más corto, a la mujer, a los hijos y a Dios:

“Soledad es tu madre, solitario es tu padre.
La soledad de Dios te espera en el andén.
La soledad de Dios te espera en un aún Edén”.

Es en torno a la familia de acá y a la de allá donde los versos estiran su capacidad expresiva y, rozando la herejía, alcanzan alumbramientos casi místicos:

“Oh, Señor, el que me has abandonado
en donde y cuando más necesitaba
y la vida pendía desde un hilo.
¿Cómo podré olvidar lo que me has dado...?”.

El abandono del Padre pasa a ser el pecado del hijo, pecado injusto, misterioso y omnipresente, que se paga viviendo la vida de perros que vivimos:

“¿Qué pecado me ocultas, Señor mío,
por el que pago un pago sin medida
que consume la llama empavorecida
que arde y clama una gota de rocío?”

Pese a todo y contra toda esperanza, el poeta apuesta a una fe más terca que la muerte, una fe fabricada con las astillas de las derrotas cotidianas, y que recorre, con un estremecimiento de optimismo pascual, la poesía de Fidel Sepúlveda:

“Aquí estamos, Señor, que señoreas
en tus reinos ahítos de infinito,
aquí estamos cumpliendo el requisito
de estar presentes para que nos veas”.

Breviario de la precariedad

Aquí estamos, Señor, que señoreas
en tus reinos ahítos de infinito,
aquí estamos cumpliendo el requisito
de estar presentes para que nos veas.

¿Nos ves, Señor, Señor, que te recreas
desmadejando en distendido rito
el estambre espiral de lo exquisito
que desde eternidades nos husmea?

Tu minuciosidad debiera vernos,
pensamos, que pensar nos ha enseñado
tu verbo que es subirse al carro eterno,
y gozamos pensándonos pensados.
Señor, el que pensando te recreas,
mírame y que al mirarme yo te vea.

Por el amanecer, porque has amanecido
me calaste la deuda al infinito hueso
por este sol y por su apenas beso
que apenas toca el cimiento y los heridos
heridos de mi casa tan huidos
de sí mismos anegándose el acceso
a otra franja distante del regreso
de lo que no es a lo que nunca ha sido.

¡Y hoy me amanece azul, alto, dorado...
y me amanezco tan desencontrado
de la aterida médula viajera,
ella con sus cositas a la espalda,
que me sorprende el alba a media falda
bebiéndome el rocío de las eras...!

¿Qué pecado me ocultas, Señor mío,
por el que pago un pago sin medida
que consume la llama empavorecida
que arde y clama una gota de rocío?

El invierno ha venido en este río
que descuaja las plantas de la vida
y las lanza a la orilla revenida
del despojo, derrumbe y desvarío.

¡Oh, Señor, el que me has abandonado
en donde y cuando más necesitaba
y la vida pendía desde un hilo.

¿Cómo podré olvidar lo que me has dado,
esta clavícula desastillada
que muerde el aire con su ardido filo?

Y también tengo hijos que aún esperan
como en el nido espera el pajarillo
¡y qué les llevaré si el panecillo
el viento lo aventó antes de las eras?

A ti, como otros, clamo, en otras eras,
cegado por la era de los brillos
metálicos de dioses amarillos
que marcan de otro signo las esferas.

Ya entre ellos estoy y sin salida,
vaho de sangre que tuviera venas,
girón vaciado por los raudos giros.
¿De escorpiones un haz es la medida
de la cura que opera a manos llenas
en las esferas de los altos giros?

Aquí estoy sujetándome a las horas,
a las horas colgando en el vacío,
vacío balanceando sobre el río,
río deshilachándose a toda hora.

Aquí en la alta noche estoy ahora
colgando sobre el loco desvarío
que dormita sorbiendo el sueño frío
que cuelga del desvelo que desmora.

¿Dónde está aquella roca sustentante
adonde poder ir que el oleaje
no nos alcance con sus fauces fieras?

¿Dónde está aquella casa cobijante
mamada en la leche del lenguaje
de un Verbo que era al filo de las eras?

Porque ando por otros caminos

Porque ando por otros caminos
que los que la gente anda,
porque se me caen las hojas
y no las piso,
porque se me estría la cara
y no es por vejentud,
porque me ocurren pasos otros
que los que trajina ella,
porque se me zangolotea el horizonte
y no oscila el oscilógrafo,
porque soy así,
la gente cree lo que la gente cree.

Y es que yo soy así
y no le conozco otra manera al ser,
cartografía itinerarios de luciérnagas
en los ojos de mi hijo,
hace tiempo que le perdí la hebra al sastre
y voy, contando adoquines voy
para tener algo que contar
cuando llegue a donde voy.

Cuando se le cansa a uno la mente

Cuando se le cansa a uno la mente,
cuando se le cansa uno a la mente,
la mente empieza a verse en aprietos
porque acostumbrado la han a señorear
y a que todos le rindan pleitesía...
Pero cuando uno se cansa,
no se cansa para esto sí y para esto no.
¡No! ¡Se cansa uno no más!

Despresenciado me tienen

Despresenciado me tienen
los malavatares del presente,
desamarrado de puerto y en alta mar,
desarraizado de huerto,
puesto del lado externo de la puerta,
abierta para el resto,
arreando el lado izquierdo medio muerto,
pisándome viene los talones el desierto,
húsmeo atrás el porvenir
que preparado me tienen
los malavatares del presente.

Rastreando rastros ando

Rastreando rastros ando
después de varios días, meses, años
que han trajinado sobre aquellos rastros,
rastreando rastros ando
y me salgo y me caigo
por ambos lados
en tupiciones

de lentos humus húmedos
y troncos escleróticos
que me han esperado siglos
para decirme que no tienen nada que ofrecer
sino sus años.

Rastreo entonces los esteros de mis venas
que no se embancan,
que no se enturbian,
que no se entelan,
y el sobresaltado corazón
que no se angosta,
que no se agosta,
y la vertiente de mis ojos
que se van para adentro
que se me pierden de vista.

Rastreo para atrás y encuentro cosas,
un abuelo tenaz
que atravesó la vida en diagonal,
encuentro casas
que armaron sus andamios, sus adobes,
ahí donde aún están,
encuentro pájaros
que cantan su creación
y encuentro
estrellas.

Entre reptil y mono anda la cosa

Entre reptil y mono anda la cosa
esa que aspira

a sentarse
a la mesa
de la gente

que aspira

a sentarse
a la mesa
de la gente esa

que aspira

a sentarse en la mesa
de la cosa esa.

